

Ensayos Familiares. Presencias masculinas y ausencias femeninas en La Otra Casa de Jorge Edwards.

Mimético al gesto “familiar” de los ensayos que comentaremos, e incluyendo la “referencia autobiográfica” no puedo sino traer a escena el momento en que conocí personalmente al autor. Recién se asomaba la palabra democracia en Chile, cuando fuimos invitados un grupo de intelectuales, escritores y escritoras, a la Universidad de Maryland, por Saúl Sosnoswsky, a un coloquio sobre Cultura, autoritarismo y democracia. El conjunto de hombres y mujeres que descendimos del avión en Washington dibujaba el “arco iris” ya devenido de la Concertación, aún cuando ninguno y ninguna participaba, en esos momentos, en el oficialismo de manera formal. De quienes asistieron y no me olvido, a pesar de los más de 20 años transcurridos, es de Diamela Eltit, Adriana Valdés y Nelly Richard. Junto a nosotras Agustín Squella, Bernardo Subercaseux, Eugenio Tironi, Manuel Antonio Garretón, Cristian Cox, Alfonso Calderón y el querido Mariano Aguirre. Era diciembre y nevaba en Washington. Arribamos a una residencia de la universidad, una suerte de monasterio, para nuestra costumbre de paisaje urbano pleno de bares y farmacias, pero sobre todo para nuestro deseo de superar toques de queda, represiones de cualquier índole después de haber ganado nuestro derecho a la libertad. Sin embargo, la residencia, de lo que más gozaba era de restricciones: de horarios, de llegadas y salidas, y sobre todo de bebidas. Sabemos que para la mayoría de chilenos y chilenas, la sed es una pulsión aprendida no sólo por la necesidad histórica de madre y pecho (los huachos que nos persiguen con sus inagotables ansias de succión), sino porque somos una cultura más oral que sádica –desde el punto de vista del psicoanálisis de la alimentación, preferimos gozar del mamar más que del trabajo de masticar-. Fieles a nuestra cultura, un grupo de invitados buscábamos ya la primera noche algo para beber, y en el deambular entre pasillos y máquinas que sólo devolvían envases de gaseosas, Mariano Aguirre trajo la buena noticia: Jorge Edwards ha llegado y puede conseguir wiskey en la desolada y fría noche de la capital del imperio. Su nombre evocaba para mí el libro la “Persona non grata”, la imagen de la llamada generación del 50 y del “pajerío”, chilenismo que según Roman deriva de “pajaito”, “señorito” (Morales Pettorino, pp 2208). Luego de una “vaca” –

que el diccionario de Morales Pettorino define como: “acción y efecto de aportar dinero entre varios con algún propósito (3155), la “persona non grata” apareció con una enorme botella de whiskey, una suerte de garrafa gigantesca, un fetiche casi monstruoso, del cual se convirtió en guardián, no celoso sino pródigo de los rituales nocturnos de esa chilenidad pensante y bebedora que se congregaba en su dormitorio, como entendemos nosotros esa habitación: metonimia de la casa que nunca queremos dejar, y por eso –mirado desde hoy día- no es extraño que no incursionáramos en la “noche de Washington”, y nos apretujáramos en el pequeño espacio que el “poncho” de Jorge Edwards extendía como un abrazo que todos agradecíamos (más tarde leí su artículo el “Whiskey de los poetas” y pude percibir que su conocimiento del bendito destilado era antiguo y salpicado de experiencias literarias y que, en el Sueño de la Historia, como señala Santini, el tópico de la bebida es más que una simple referencia).

Los “ensayos familiares”, que componen el libro que comentaré, contienen una serie de claves para comprender los pliegues y repliegues culturales nuestros. Como antropóloga me aproximó a “La otra casa. Ensayos sobre escritores chilenos” (editado por la Universidad Diego Portales en 2006) como si se tratara de la lectura de un cuaderno de terreno que hace posible escudriñar nuestros imaginarios a través de una mirada singular que a su vez lee y relee a algunos escritores chilenos. La propia apuesta de Edwards, tributario de ese género de “ensayos familiares” que cultivaron como sostiene “los ingleses del siglo XIX” entre los cuales está Stevenson, Wilde...”y por apropiación perfectamente debida, Jorge Luis Borges y algunos otros” (11) permite esta aproximación, toda vez que en su libro –su cuaderno- hay un cruce permanente entre testigo, obras y autores. De ese modo, Edwards se configura en tanto “informante clave”, pero también como sujeto legitimado para aquello que Gertz (1986) ha denominado “interpretar la cultura” –es decir entenderla como una trama de significaciones que el etnógrafo descubre y analiza, a partir de un juego en el cual las subjetividades propias y las ajenas se unen a prácticas y discursos verificables-. A nadie pasa desapercibido que en muchos de sus “ensayos”, la voz de Edwards emerge como memoria, testimonio de un “nosotros” (los escritores) y como develamiento y reflexión literaria, pero también puede ser escuchada como

“indicio” en el sentido de Ginzburg, es decir en tanto huella, rastro o síntoma. Es en esta última vertiente en la que el “testigo” Edwards abre para mí su polifonía: podemos acercarnos a su escritura ensayística como narración que muestra ciertos ecos de la interpretación del mundo, pero al mismo tiempo como marca de un discurso en el que se asoma lo colectivo, lo situado, los prejuicios, los silencios, las clausuras, las manías y alucinaciones de un sujeto, una sociedad y de una época. Concebida desde el paradigma indicial, desde la comprensión de Geertz y desde las teorías de género descubro esta obra de Jorge Edwards en toda su riqueza antropológica, literaria y política.

El primer indicio que nos interesa resaltar es aquel que reverbera en el título del libro: “la otra casa”, que ha sido escogido del notable artículo sobre la novela de José Donoso, *Casa de Campo*, la cual es definida como “fantasía pura”, “poética” comparándola incluso con la atmósfera de *Alicia en el País de las Maravillas*, en la cual la “ficción se impone a todo”. “Pero es aquí, justamente, donde opera la paradoja principal de *Casa de Campo*. Porque todo es desorbitada, extremada ficción, pero todo alude a la realidad histórica. La casa, en buenas cuentas y como ya lo insinúe antes es Chile” (136). Por ello elegir “la otra casa” como título, no sólo se puede entender como un homenaje al genio de José Donoso, sino también a la actualización de una imagen - la casa- que aparece cargada densidad histórica y simbólica. La casa y no el poblado es lo que se erige como paisaje de la sociabilidad chilena. El jesuita Alonso de Ovalle, al que podemos considerar como el primer escritor que narra el país desde el extranjero, enfatiza, ya en el siglo XVII, este tópico y su relevancia. Por otro lado, y haciendo una digresión, el gesto narrativo del jesuita chileno se asienta en un problema que el propio Edwards aborda: “Hay escritores que no pueden ni saben vivir fuera de su provincia y otros que desde la distancia, alejados en la geografía y en el tiempo, consiguen transformar la región provinciana, donde a menudo los árboles no permiten ver el bosque, en un verdadero espacio novelesco” (13). Si bien nuestro historiador no convirtió en espacio novelesco la historia colonial chilena, sí trazó desde la distancia una silueta y una representación que toca ciertos nudos intemporales, o de larga duración. Ovalle es el primero que llama la atención sobre la costumbre de nuestros antepasados mapuches –también de los más viejos, los “Aconcagua” de la zona central- de no vivir en ciudades ni pueblos,

contrastándola con la liminaridad material (calles, contornos urbanos, planos y mapas) y lingüística (la imposición del idioma) de los españoles. Nada parecido a las prácticas europeas había en nuestros parientes originarios, pues de acuerdo al jesuita, la “apretura” no les agradaba, sino el “desahogo”, por ello vivían repartidos en los campos, en las faldas de los valles, en las cercanías de los ríos, en la ribera del mar, sólo respondiendo a su cacique. Por ello, la ruka, la casa, fue la única noción de “interior”, protección y límite, aunque singularmente concebida:

“Sus casas son de ordinario pajizas, y así, sin altos ni entrezuelos ni ventanajes, y no son demasiado grandes, ni están unidas ni continuadas unas piezas con otras, sino cada una de por sí, de manera que cuando se les antoja mudar de sitio, arrancan la casa y cargan con ella, llevando cada cámara y aposento de por sí, la cual cargan diez o veinte hombres, más o menos conforme es su grandeza, y no tiene esto más que descarnar de la tierra las principales varas y palos en que está fundada...y luego con grande algazara, echando mano cada cual de aquellos como pilares en que se forman los arcos, comienzan a caminar hasta el lugar reputado...ni dentro de ellas tienen cajas ni escritorios ni otra cosa cerrada con llave, porque lo que asegura lo que cada uno tiene, no es otra que la fidelidad que, como cosa sagrada, guardan unos con otros” (1969:111).

Esta imagen del traslado de la frágil “cobertura” doméstica, este cargar con la casa, instala un profundo sentido psíquico y social en la medida en que lo que se muda es un cierto concepto de “interior”, la “esfera” (al modo de Sloterdichj) que constituye al ser más de dos, y la “fidelidad” como argumento de la pertenencia (la parentalidad) y no de la propiedad de las cosas.

No es banal entonces la elección de este título para el libro, en la medida en que se desprende de muchos de sus ensayos este ir con la “casa a cuestras”, en clave del propio autor ir con Chile a cuestras. La escritura concebida como “ensayos familiares”, la alegoría de la casa: el país, los parientes, los hermanos, los amigos, los sirvientes, nos re-envían a una concepción muy arraigada en el orden cultural chileno que todo lo “familiariza” –sabemos que es común la narrativa que relaciona nación y familia- pero, en nuestro caso tal vez opere como modo perverso de exorcizar la precariedad y el amor-odio, los

double bind que produce nuestra estructura social plagada de desigualdades. Donoso ha sido maestro en dar cuenta de las sinuosidades de las relaciones entre lo dominante y lo subalterno, las identidades en perpetuo devenir y Edwards lo parafrasea, dándole un nuevo sentido: estamos no solo frente a la casa –la casa de campo- sino de la “otra casa”, la “otra” que produce un desplazamiento hacia pliegues que el inconsciente femenino chileno –y por cierto de otros sitios- asocia a la “segunda casa” a esa que los hombres tenían - ¿tienen?- como barraganía, tradición polígama o vanidad patriarcal (más adelante ahondaremos en esto).

Otro indicio es el vinculado a la escritura ahora entendida como la “otra casa”. En la experiencia del autor el oficio era concebido por su padre como “...una forma particularmente malsana, retorcida, de malgastar las energías, de pérdida de tiempo, de no cumplimiento de los deberes hereditarios” (46) y agrega: “y me empecé a convertir pronto en un niño sospechoso, peligroso. Lo supe por instinto y ahora me parece que opté prudentemente por pasar a la clandestinidad. En otras palabras, fui lector y escritor clandestino desde mi primera adolescencia”. Pero no sólo en la infancia sino en la juventud la escritura se vive como algo fuera del orden tradicional, un sitio “otro”. En “El improvisador discordante” leemos: “Yo era un alumno más bien ausente de los ramos normales, conquistado ya por los morbos conjugados de la lectura y la escritura...” (118). Espacio secreto, oculto, prohibido e improductivo –por ello malsano- en la concepción familiar y de clase. En “Juan Emar: números cábalas, círculos”, la figura del progenitor de Emar es semejante al suyo: “En su calidad de tío, y de hombre de buen consejo, pertenece al mundo del padre, y por lo tanto, al de los enemigos de la vocación artística o literaria, Me pregunto si destrozarlo, destruirle el cráneo a furibundos picotazos, como sucede en el Pájaro Verde, no representa la posibilidad de salir, de emprender el vuelo, de pasar el umbral” (64). Ese “pasar el umbral” puede comprenderse como la huida del espacio parental para trasladarse, tal vez, a la “otra casa”, la de la literatura, de la escritura, significadas como tropos femeninos, y quizás por ello pronunciadas y practicadas en la clandestinidad. Esa maniobra traslaticia bien puede ser el gesto indicial de un sistema de representaciones, de una cierta economía simbólica desde la cual se negocia la masculinidad del

escritor y su oficio en el contexto epocal de la cultura burguesa androcéntrica del Chile del siglo pasado.

En sus ensayos, por otro lado, emerge la noción de que el espesor cultural de la sociedad chilena proviene de la literatura. Esta tesis, que también ha sido planteada por Bernardo Subercaseux y otros autores, tiene como supuesto el que la vertiente “ilustrada” es la que constituye el “monumento”, la “ciudadela”, la “pirámide” que nuestros parientes mapuches jamás construyeron –recordemos la cita de Ovalle de la ruka. A falta de inscripción material de la memoria, los chilenos tendríamos a la literatura como trama de significaciones (una tesis, por cierto discutible a la luz del otro monumento que heredamos desde tiempos precoloniales: la tradición oral, la oralitura en palabras de Elicura Chihuailaf). A propósito del Premio Cervantes a Gonzalo Rojas Edwards comenta: “Este es un gran Premio Cervantes, pero sirve a la vez, para recordar que la provincia chilena de la poesía, provincia sin duda fértil y señalada, existió desde mucho antes que Pablo Neruda y Gabriela Mistral, desde los años de Alonso de Ercilla y Pedro de Oña, y sigue existiendo después de Nicanor Parra y Gonzalo Rojas, con Jorge Tellier, con Enrique Lhin y tantos otros” (110) .

Así el lugar común de “Chile país de poetas” se convierte en algo más que un slogan identitario: la fundación colonial –letrada- es la ruta “señalada” que definió a la “provincia”. No deja de ser interesante notar que La Araucana (Ercilla) y el Arauco Domado (Oña) ponen en escena las contradicciones que nos han perseguido (entre la idea de los mapuches como guerreros indómitos y la noción del indígena sometido (extinguido), en paralelo mitológico, la alternativa del Sueño del Pongo o el Imbunche). Edwards desplegará todas sus experiencias personales y sus saberes de lector comprometido para mostrar en cada uno de sus textos como los escritores, su vida y sus obras han construido la cultura chilena. Más aún el propio Edwards, en su ejercicio de lector impenitente, está inmerso de tal modo en esa trama que “De repente no sé si leí todos esos cuentos –como señala en los Témpanos de Coloane- o si los soñé. Hice la lectura en mis intervalos, en mis insomnios, en días de lluvia torrencial, con ruido de olas de fondo de mi casa de la costa o de pesados vehículos que corrían por pavimentos mojados. Cosas, me digo de la lectura y de la literatura” (115).

En ese sendero de la literatura como expresión de la cultura chilena, los símbolos de Pablo Neruda y Gabriela Mistral, y otros nombres canónicos, sus imaginarios poéticos, pero también sus vidas, componen escenas que el testigo-Edwards complementa con sus saberes literarios y vivenciales. Deambulamos en “La otra casa” por muchos de los recovecos, costumbres, tics, rarezas, malditismos, estereotipos, de nuestra sociedad y también escuchamos las quejas clásicas que nos acometen cada cierto tiempo (somos “feos” como diría el “inútil” pariente de Edwards, “provincianos”, ignorantes). Estas observaciones etnográficas –es decir la escritura que entrelaza biografía y análisis- son abordadas con ironía (por ejemplo esa imagen de “lista de espera” en que los artistas aguardan ser premiados en Chile), y distancia, posiblemente las buenas distancias que permiten soportar el horror que produce el espejeo de nosotros mismos. Autores y obras son dispositivos para decir, criticar, describir un mundo, un tiempo y crear así un locus chilensis textual, pero también un documento de época. Ironía y parodia son rasgos que, el ya citado Santini, descubre en las novelas de Edwards.

Un visaje relevante de los ensayos de nuestro testigo, es el político, que en su amplia connotación de doctrina, acción, cortesía, gobierno y negociación de sentidos abarca las esferas macro y micro políticas. Resalta su interpretación de Casa de Campo como una alegoría del país en el momento de la dictadura: “Hay un médico, Adriano Gomara...que habla en voz alta desde una torre, que nos hace pensar en Salvador Allende. ¿Y quiénes son, por último, esos antropófagos que parecen existir en un plano más alejado y cuya existencia no está completamente comprobada? En algún momento, se tiene la vaga impresión de que los antropófagos podrían comerse a los niños bonitos, sonrosados, bien nutridos de la gran casa. ¿Serán los comunistas de la imaginación de ultraderecha, que mandan los niños a Moscú o que simplemente se los comen?” (137). Ecos de un pasado no tan lejano en el que Chile vivía inmerso en fantasmas y en metáforas espeluznantes que nos devolvían permanentemente a los núcleos antiguos y perturbadores de la memoria: el canibalismo como expresión del lugar en el que se pierde lo “humano” o la transgresión a la norma cuando nos concebimos como “buenos para comer” – en las palabras de Marvin Harris- (Cronos, la Caperucita Roja, Hanzel y Gretel entre otros relatos nos advierten de esa posibilidad). Más allá o más acá

de la fascinante figura de la antropofagia, la pregunta que coloca Edwards frente a esa definición de los marginales a la casa de campo, factible de extender a los pobres, los “subversivos”, los delincuentes, los “otros” y “otras”, los que no tienen nombre (los huachos)-, restituye el corazón de la imago mundi del poder, replicada, como sabemos, por cada uno nosotros al pensar las fronteras de las identidades desde el código hacendal –del perverso trascendental como dice Morandé-, cuya operación metonímica de la familia sirve para “ordenar” las cosas, los sujetos y el mundo. En los ensayos de La Otra Casa abundan los “descarriados”, las “ovejas negras” de las familias de las élites (que debían ocultarse a la vista pública, negados, pero en algún lugar amados).

En la relectura que en 1977 hace Edwards al Loco Estero de Alberto Blest Gana, “una novela completamente política y actual, que permite comprender mucho de lo que ocurre en el Chile de ahora y, que a la vez lo anuncia” (15), se aprecia ese “descarriamiento” que se entronca con el poder. El autor analiza los personajes y la urdimbre familiar y política: un oficial liberal, Estero, derrotado y arrojado por la codicia de su hermana doña Manuela que lo declara loco para apoderarse de sus riquezas –más adelante comentaré esta figura femenina- y el Ñato Díaz, el polo popular –el de los antropófagos subalternos que no comulgan (como los inquilinos con su patrón) con las “doctrinas” de sus “superiores”: “el revolucionario de raíz popular, que no sigue al pie de la letra los esquemas teóricos y que utiliza como armas de lucha su ingenio criollo y su integración completa en el medio... El desenlace de la novela es desconcertante, como si Blest Gana quisiera indicarnos que los Ñatos Díaz y los Manueles Rodríguez siempre quedan desplazados, al final, por las fuerzas del orden, por aquello que Portales, precisamente, llamaba “el peso de la noche” (16-17).

Retomando esa última frase, Edwards trae a su reflexión a esta figura emblemática, y de manera directa a la dictadura y a Pinochet que se han valido de ella para producir un relato de legitimidad política: “Lo sorprendente es que la Junta Militar invoca el ejemplo de Portales a cada momento y ha bautizado con su nombre el nuevo palacio de gobierno, después del incendio de la Moneda, suprimiendo de paso, detalle significativo, el nombre de la gran poeta Gabriela Mistral” (18).

Edwards saca a luz cómo el gobierno militar ignoró la clave de la doctrina portaliana, que descansa, según él, en su postura sobre el imperialismo, citando una carta donde Portales se opone a la doctrina Monroe, advirtiendo que existe la posibilidad de salir de una dominación (la española) para caer en otra (la norteamericana) y denuncia la estrategia de una conquista no por las armas “sino por la influencia en toda esfera. Esto sucederá tal vez hoy no, pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por esos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de un envenenamiento” “Los niños que han comido la golosina envenenada probablemente sufrirían indigestión si conocieran esta carta” (19) –comenta Edwards. Leído desde el siglo XXI, no hubo indigestión, el veneno se ha globalizado y los niños de antaño están felices de haber municipalizado la cultura, “molizado” las plazas y parques públicos y jamás se han interrogado por las consecuencias de la “dominación” y el imperialismo. Lejos también están los Ñatos Díaz y los oficiales Esteros de emprender alguna “locura”; endeudados y glocalizados quizás sólo dejen espacio a los “antropófagos cuya existencia no está completamente comprobada”.

Fuera de estas figuras del Chile textual y social que el testigo hace comparecer (la caníbal, la del envenenamiento portaliano, la familiar) hay una que sin duda, heroica y resistente vale la pena mencionar. Se trata de Jorge Millas y de su lúcidez coherente y trágica que se debate en la sociabilidad nacional de las décadas del 60 al 80. En el ya citado “El improvisador discordante”, Edwards despliega y sintetiza desde giros biográficos un testimonio de la atmósfera político-cultural de mediados del siglo XX: narra a su generación, a sus compañeros de universidad, a su comunidad literaria, a los escritores con los cuales se fue formando en la conversación, la polémica, la confrontación literaria e ideológica; pero también da cuenta de otra generación la de algunos de sus profesores de la Escuela de Derecho, deteniéndose en Millas quien: “...hacía una invitación permanente a reflexionar con independencia, con auténtica libertad, sin dejarse llevar por las corrientes en boga” (118). Aún cuando el autor no pudo asistir al mítico Congreso de Literatura organizado por Gonzalo Rojas en la Universidad de Concepción en el año 1962, sí se enteró de los debates y de las posiciones anti-imperialistas y a favor de la revolución cubana de la mayoría de los escritores “ídolos”, entre los cuales se

encontraban Carpentier, Fuentes, y por cierto el gran ícono Neruda. Justamente, será a ellos a quien el filósofo ponga en interdicción: “Vamos libertándonos de una forma de esclavitud, de una forma de sujeción y de una forma de envilecimiento, para entregarnos a ciegas a otra forma de esclavitud y a otra forma de envilecimiento”¹ No era poco decir todo esto desde una minoría casi solitaria, y decirlo por añadidura, frente a las barbas del maestro legendario y la estrella mexicana en ascenso”...Millas increpó luego a Neruda: “...me rebelo decididamente contra el empeño en identificar una solución posible con *la* solución única, y contra el intento...de considerar enemigos de la humanidad y del progreso...a todos los que ven el peligro de alcanzar la libertad material al costo de la servidumbre espiritual”. (121)

Una década más tarde, Millas, profesor de la Universidad de Chile, no quedó impávido ante los violentos sucesos del 11 de septiembre, y en 1975 “...apareció en El Mercurio un artículo suyo cuya publicación parecía consecuencia de una distracción de la censura: “La universidad vigilada”. Era una crítica de fondo, escrita sin la menor ambigüedad, contra el sistema de universidad controlada, sin la menor libertad de cátedra, con agentes de la policía secreta instalados en cada curso y con rectores militares delegados...Un rector de la universidad, perteneciente a la rama de Aviación de las fuerzas armadas, hacía demostraciones de paracaidismo en un campus universitario. Era la entrada del rey Ubú a nuestras academias” (123). Como es de imaginar Jorge Millas no pudo permanecer más tiempo en ella y fue exonerado y relegado a “instituciones de las catacumbas de la oposición” (124). El testigo Edwards relata con emoción un discurso del filósofo en plena dictadura, en el Teatro Caupolicán, y piensa en cómo en los 60 había sido repudiado por la izquierda y en los 80 ésta lo escuchaba y respetaba. No era, claro, la misma izquierda. La figura de Jorge Millas, su personaje, el que Edwards dibuja, es uno en vías de extinción, pero que recuperado por él permanece: se trata del intelectual independiente, cuya ética lo lleva a desafiar todo orden que aniquile al sujeto y que amenace su oficio pensante como única y valiosa pertenencia.

Así el autor de *La Otra Casa* va construyendo los contornos de su propia mirada política, solidaria con la idea de democracia sin apellidos. Pero del mismo modo, nuestro testigo documenta y denuncia las supresiones que la

propia democracia, una vez instalada, comienza a realizar, en el núcleo mismo de la cultura: la enseñanza del “castellano” que, como sabemos, ha pasado a llamarse Lenguaje y Comunicación. En “La “Desaparición de Federico Gana” Edwards declara releerlo como “desquite en homenaje solitario” (21) por haber sido eliminado de las listas de lectura de la enseñanza media.

Preguntando a una serie de escritores jóvenes constató que nadie lo conocía: “En otras palabras, la nada, la amnesia absoluta, la selva. Sin memoria ¿podemos tener ciudades, lenguaje, sabiduría, presencia en el mundo? No voy a mencionar algunos de los nombres que han reemplazado a Gana... las listas que me han leído por teléfono, y conste que figuro en buen lugar y que no respiro por ninguna herida, me han dado la impresión de una curiosa y más o menos incoherente ensalada”. En clave política de Edwards: la cultura chilena está amenazada en la medida en que la literatura, el espacio de su espesor, ya no tiene el peso que tuvo en el pasado cercano. Esa “curiosa e incoherente ensalada” sigue más presente que nunca y los índices lectores son simplemente su evidencia más prístina.

Por último, *La Otra Casa*, en tanto síntoma, nos muestra un conjunto de presencias y ausencias que delatan otro rasgo relevante para comprender las estructuras sociales y los imaginarios chilenos. Las presencias escriturales son las masculinas, los autores son los nombrados, hablados, recordados, contruidos en tanto sujetos hacedores de signos y significados. Parece que Edwards no escapa a la constante que el antropólogo Kuno Trueb ha descubierto en los relatos biográficos masculinos: discursos siempre referidos a los hombres importantes que un narrador ha conocido, porque de ese modo el propio hablante se prestigia al pertenecer, rozar y compartir el mundo de quienes tienen el poder y al mismo tiempo verifican su virilidad y la socialización en el universo de su género.

Por generación y experiencia, nuestro informante clave pone de manifiesto una comunidad en la que las mujeres no debieran participar, y digo debieran, en el sentido de los deseos normativos, porque en las prácticas concretas sí lo hacen. Reflejo de una época y de una concepción de lo femenino, Edwards sólo dedica su atención a Gabriela Mistral, no hay otras escritoras en el suelo textual de *La Otra Casa*, ni siquiera las de su generación, como las poetisas Stella Díaz Varín, Delia Domínguez o las novelistas Elisa Serrana, María Luisa

Bombal, María Carolina Gel, Mercedes Valdivieso, entre otras. Es cierto que cualquier inclusión supone una exclusión, pero en este caso por ser sistemática la omisión se instala como indicio inquietante. En muchas de las páginas de *La Otra Casa* se silencian los nombres de las mujeres, incluso de aquellas con las cuales se ha compartido espacios intelectuales, a modo de ejemplo en “Sombras y Apariciones”, un artículo dedicado a Bolaño, leemos: “(en París)...presentábamos... novelas en “miniatura”, en compañía de una escritora mexicana, Bolaño dijo que le costaba mucho hablar de una obra suya y ofreció en cambio presentar la novela mía. Nuestra colega mexicana, no se sabe exactamente por qué, entró en estado de súbita indignación. Uno de los personajes de la historia de Bolaño era una mexicana y nuestra compañera de mesa lo acusó en público, con inusitada furia de toda clase de deformaciones y traiciones. La mesa naufragó en una confusión muy divertida...” Más allá de las consideraciones respecto de la imagen de la mujer desbordada (un tanto “loca”), ella nunca tuvo nombre: borrada su identidad, pasa a formar parte del espectral genérico una “escritora”.

La imagen poderosa de nuestra premio nobel, tal vez por lo imposible de elidir, es merecedora de dos artículos “Gabriela Mistral desde Japón” y en “Testimonios Femeninos”. En este último se aborda su posible maternidad biológica (de Yin Yin) y sus vínculos amorosos con Magallanes Moure. Edwards nos dice que la poesía de Mistral se puede entender “a partir de este rechazo –al erotismo directo con Magallanes-, de esta especie de insatisfacción sin salida” (43). Luego, la compara a Neruda quien es el “poeta de la elocuencia cívica. Un Víctor Hugo de Chile y de todo el mundo americano. Gabriela Mistral, en alguna medida es la poeta del silencio. La elocuencia social no calza bien en ella. En ninguno de sus versos se adivina el deseo de convertirse en voz de la tribu... Y a pesar de eso su poesía es voz de los demás, y sobre todo de los sectores más débiles: de los niños, las mujeres, los campesinos pobres” (44).

Nuestro testigo lee las diferencias entre ambos poetas en clave de género: lo masculino habla, lo femenino es silencio; el primero está en las grandes preocupaciones, la segundo en las pequeñas y subalternas. Se puede oír el eco nerudiano de “me gustas cuando callas porque estás como ausente, distante y

dolorosa como si hubieras muerto...” porque ¡claro! cuando las mujeres rompen el silencio...

Hay, sin embargo, mujeres que habitan la Otra Casa, en tanto personajes o alusiones. Ya recordamos la figura de Manuela, la hermana del “Loco estero”, “...mujer fuerte, encarnación del matriarcado chileno con raíces hispánicas, profundamente reaccionaria, digna antecesora de las matronas del barrio alto que con sus cacerolas contribuyeron a derrocar a Salvador Allende, y amante, por añadidura, del jefe de policía del régimen...(16)” Esta codiciosa y cruel mujer “está más viva que nunca” (19) sostiene nuestro testigo –recordemos que esta lectura de Blest Gana es realizada en 1977).

Más allá de las consideraciones políticas (las mujeres reaccionarias), son las mestizas chilenas las que se perfilan negativamente porque actúan, se dan la libertad de tener amantes, y de desear el dinero. ¿La interpretación de Edwards se sitúa desde un horizonte donde las mujeres debieran ser las guardianas de los valores éticos de una sociedad católica como la nuestra –o mejor dicho al “modo” nuestro-? No sería extraña una respuesta positiva, porque calza con la visión tradicional e idealizada de lo femenino como algo “puro” que, obviamente entraña su reverso, lo corrupto. Las mujeres mapuche, que el autor vio cuando visitó la casa de Pablo Neruda en Temuco es reveladora de una nueva tesitura: la imagen femenina etnificada: “En la vereda de enfrente, en toda la esquina, había una bodega y bar, un recinto oscuro, con barricas y sacos en la entrada. Ahí vi llegar a las indias mapuches, con sus trajes típicos y sus adornos de tosca y hermosa platería, cargando sus hijos a la espalda, en busca de sus maridos que se emborrachaban con chicha de manzana y con los chacolés y pipeños de la última cosecha” (79). Esta descripción, que recuerda los daguerrotipos de Heffer o Millet, de fines del siglo XIX, coloca en el universo indígena femenino (¿de la Buena Salvaje?) la abnegación, la maternidad, las “salvadoras” de los hombres perdidos en la embriaguez. Mis conocimientos en la materia, me indican, sin embargo, que en el mundo mapuche hombres y mujeres beben y se emborrachan a la par. El contraste entre estas “buenas” mapuches y las “malas mestizas” forma parte de un viejo sistema simbólico dual que no produce matices en la definición del género femenino.

De este modo, las ausencias femeninas se constatan en la obliteración de las escritoras en la Otra Casa, pero como vemos están presentes en las representaciones de género que porta el autor, también en la breve aparición de la tía Elisa que le entrega el secreto de su tío escritor, y en las “no una, sino muchas mujeres” inspiradoras de la poética nerudiana.

Como de interpretar-escribir los sistemas simbólicos se trata, uno de los espejos de la Otra Casa es la de una cultura donde el signo mujer habita “esa otra parte”, una alteridad que no es Una como el nombre propio y la obra de los hombres, singular, acotada y elogiada. Los sistemas de prestigio y poder de la sociedad se vislumbran en esa Otra Casa como reflejo de una concepción en que las categorías de lo femenino y lo masculino tienen un lugar claro: la primera, en la penumbra del silencio, el segundo en la luz del habla y el lenguaje.

Nuestra lectura del cuaderno de terreno finaliza. La riqueza de los ensayos del libro que hemos comentado, radica en constituir un escenario, unas escenas textuales que hacen posible palpar una época que se desvanece, porque el propio valor de lo literario hoy sucumbe, convirtiéndose en una expresión más de las industrias culturales y de la fantasía mediática. Ausentes muchos de los personajes evocados, el autor forja una memoria, un documento que los recupera, y junto a ellos y a su escritura la pervivencia de ciertas modulaciones de “lo chileno” que permanecen y otras que han desaparecido. Las ausencias y presencias que conforman estos ensayos familiares movilizan e interpelan en muchos sentidos, no sólo son buenos para pensar —como dice Levi Strauss respecto de los mitos- en los imaginarios que el autor reproduce, sino en los vacíos que van dejando, y en los costos que significa pertenecer a una cultura que nos obliga permanentemente a andar con la casa a cuestas.

¡No tan lejos están los sonidos de la cita portaliana!